Selección natural

Bienvenidos a la jungla, grita Axl a pleno pulmón en los altavoces del equipo de música de algún vecino. Esta es la noche, la noche del fin del mundo, la noche de los desesperados. No nos queda nada, nada podemos perder. En los barrios de ladrillos agrietados en los que sólo habitan las sombras resuenan ya los primeros tambores. Los animales salvajes se preparan. Los rápidos cazarán a los lentos, los fuertes someterán a los débiles, los astutos vencerán a los torpes. Yo no soy rápido, yo no soy fuerte, de modo que si quiero sobrevivir más me vale ser astuto.

Un disparo levanta el vuelo de varias palomas en la azotea del edificio de enfrente. Apago las luces de mi casa. Me tumbo en la alfombra sobre la mezcla de sirope, glicerina y colorante. Rezo mis oraciones al dios Darwin. Ha comenzado el juego. Cuando vi esta tarde el paquete en mi buzón supe enseguida que ya había llegado la hora. No puedo echarme atrás. Al abrirlo me encontré con una pistola, un teléfono móvil para comunicar las bajas y una lista con veinte nombres. El mío aparece al lado del número diecinueve. A la mayoría los conozco. Supongo que a todos nos han reclutado en el mismo sitio. En el refugio urbano de los desheredados. El número quince me vendía el pan hasta el año pasado, el seis me arregló el coche en un par de

ocasiones, el siete me dio clase de filogenia animal en la facultad. Él me preocupa, si me recuerda quizá sospeche cuál va a ser mi plan. Porque yo tengo un plan.

La polilla moteada más común en Inglaterra fue, hasta mediados del siglo diecinueve, la polilla de color gris claro. Eso fue, digo, hasta mediados del siglo diecinueve, porque en ese momento llegó la Revolución Industrial, y los bosques comenzaron a cubrirse con el hollín del carbón que salía a borbotones de las chimeneas de las fábricas. Los troncos de los árboles se ennegrecieron en un abrir y cerrar de ojos y dejaron de ofrecer un buen camuflaje a las polillas de color gris claro. Sólo aquellas que tenían un color más oscuro o las que mutaron a tiempo su tonalidad consiguieron sobrevivir. De eso se trata todo, de adaptarse, y eso es lo que la mayoría de la gente no entiende. Las cosas no son como nos enseñaron. No. Nada es como pensamos que iba a ser. El hollín nos envuelve, hay que evolucionar. Los que se resisten a hacerlo caen como moscas, como polillas moteadas de un color equivocado.

El teléfono no para de sonar. En menos de seis horas sólo dos nombres permanecen intactos en la lista. Uno de ellos es el de mi antiguo profesor.

Amanece. Los coches de los pocos obreros que aún conservan su empleo dejan el nido.

Llega la tarde. Olor a puré, a coliflor hervida y a sudor. Ríos de cerveza y orín bañan los restos de las pancartas de alguna manifestación. Los niños corren contra la puesta de sol. Los ancianos no existen. Los ciudadanos de la oscuridad toman sus posiciones. Espero a que anochezca. Salgo a la calle con la cabeza hundida en las solapas de mi cazadora. La mirada atenta a los vagabundos que se multiplican como ratas. El paso corto, como si en cada zancada acometiera un desafío. Sé dónde encontrarlo, y tengo ventaja. Él no espera mi visita, estoy seguro.

Atravieso un polígono vacío. Los esqueletos de metal se amontonan en sus avenidas prefabricadas ofreciendo un retrato fiel de la cuesta abajo por la que también se desliza la ciudad. Una figura polvorienta tras la que se adivina la silueta de una mujer empuja un carrito de supermercado lleno de tuberías, chapas oxidadas y alguna tapa de alcantarilla. Es una mujer fiera, una alimaña, una rémora que sobrevive nadando junto a un tiburón que agoniza. Me ve. Grita algo que no entiendo y avanza hacia mi agitando en su mano derecha una varilla de hierro. Cuando está a punto de alcanzarme me abro la chaqueta y le muestro la culata del revólver que sobresale en mi cintura.

Entonces, la mujer se convierte rápidamente en un animalillo indefenso, manso, un rival débil que agacha la cabeza y se retira. Ahora mi ley es la que se impone en este cementerio del caos. La mujer corretea hasta que se aleja lo suficiente como para sentirse segura, entonces se vuelve hacia mi, me enseña sus pechos desnudos y me tira una piedra.

La luna se asoma entre dos nubes. Me dan ganas de aullar. Quizá lo haga más tarde, cuando todo haya terminado.

Al otro lado de esta valla está uno de los edificios abandonados de mi antigua facultad. En el último piso del edificio está el despacho en el que se esconde mi profesor. Enseguida, un fogonazo breve me confirma que ya sólo queda un nombre en la lista.

La zarigüeya es un mamífero pequeño y pacífico. No tiene armas para defenderse de los depredadores por lo que debería haber desaparecido hace cientos de años. Pero no lo ha hecho. No lo ha hecho porque ha desarrollado una técnica defensiva extraordinariamente eficaz: cuando se siente acorralada la zarigüeya finge su propia muerte para provocar el desinterés de su cazador. Fascinante.

Hace unas horas, poco después de que empezara el juego, el número ocho de la lista entró en mi casa. Lo que vio en el salón fue mi cuerpo sobre un charco de sangre. Supuso que alguien había acabado ya conmigo y no lo había notificado, hizo la llamada de rigor y tacharon mi nombre. Uno menos. Luego sólo tuve que esperar. Todos me creyeron muerto. Incluso mi profesor, por eso sale ahora del edificio de la facultad sin mirar a su espalda, por eso no se gira ni un instante hacia la esquina desde la que lo observo, por eso no se da cuenta de que me acerco, por eso no se percata de que una pistola se le aproxima hasta que no siente cómo el cañón le besa la nuca. Ya es tarde para él.

-¿Qué? - grita en cuanto nota la caricia del acero -. Pero, ¿qué? ¿Qué es esto? Soy el último. Soy el último - repite una y otra vez.

-Dime una cosa - le pregunto -, ¿cuál ha sido tu estrategia?

-¿Qué?

-¿Cómo has conseguido llegar tan lejos? No te ofendas, pero eres demasiado viejo para seguir vivo a estas alturas.

-Tengo, tengo un falso techo en mi despacho.

-Oculto en una madriguera, qué básico.

-¿Cómo dices?

No respondo. No hay tiempo para más. No puedo dudar. No puedo dudar, pero dudo. No soy un asesino. Mi dedo tiembla

en el gatillo. Es la primera vez que uso un arma de fuego. Mi profesor se da cuenta. Me da un codazo y se gira.

-¿Tú? - gimotea.

Se abalanza hacia mi. Hacia la pistola. Intenta quitármela pero se dispara. O la disparo, no estoy seguro. El retroceso me tira al suelo. La bala sale desviada y atraviesa la cabeza de mi profesor en trayectoria ascendente. Cae como una rama en una tormenta. Se desangra. Boquea. Se retuerce. Intenta levantarse. Parece buscar algo de aire en la tierra que se le pega a los labios.

Me acerco y le descerrajo otro disparo en la sien. Soy el último.

Comienzo a aullar.

Poco después llega un coche negro. Una mujer de piernas larguísimas y rostro de atleta alemana baja de él. La reconozco. Es la misma mujer que me hizo la primera entrevista.

-Es usted el candidato diecinueve, ¿verdad? - me dice -. Enhorabuena, ha demostrado la determinación y la habilidad que estábamos buscando. Le informo de que ha superado satisfactoriamente el proceso de selección. A partir del lunes se incorporará como un empleado más dentro de nuestra compañía.

La mujer extiende hacia mi un sobre.

-Es su nuevo contrato. Ochocientos euros al mes en catorce pagas. Sin seguro médico. Lo tendremos a prueba durante los primeros seis meses. Horario de nueve a seis con una pausa de quince minutos para el almuerzo, ¿tiene alguna pregunta?

-Sí - le respondo -, ¿de qué es el trabajo?

Seudónimo: Bada Bing